

# ELIAS ROGENT

arqueólogo  
y  
restaurador

Notas para la historia  
de la restauración de  
Santa María de Ripoll

por  
**Vicente Mestre Abad**

1. Cuando Elías Rogent realizó las primeras trazas de los planos para la restauración de la basílica de Ripoll (1865), el monumento había sufrido desde su última consagración una serie de deterioros que hasta a los más optimistas les parecía imposible la recuperación del edificio. Ya cuando Villanueva lo visitó a finales del siglo XVIII habían desaparecido gran cantidad de elementos constructivos y decorativos; las modificaciones realizadas en 1827, el incendio y consiguiente destrozo de 1835 y el definitivo hundimiento de la bóveda en 1855, acabaron por dejar el conjunto de edificios en completa ruina. En 1849, al visitarlo Pi i Margall y Parcerisa, para continuar la redacción de **Recuerdos y Belleza de España**, iniciada por Pablo Piferrer, encontraron el templo todavía en pie, con los restos de las obras realizadas en el siglo XV y las de 1827. La impresión que produjo en Pi i Margall el espectáculo del noble edificio en plena decadencia quedó para siempre conservada en las páginas que éste redactó para el II volumen de los **Recuerdos**, dedicado a Cataluña. Tras describir la portada, escribió:

«Esta bella fachada conduce al interior del templo, envuelto ya en gran parte entre sus propias ruinas. Al entrar en él desaparece a los ojos del viajero la homogeneidad: vense allí en mezcla confusa todas las formas y todos los estilos: la cimbra y la ojiva, el pilar cuadrado y la columna greco-romana, la bóveda de cañón seguido y la bóveda por arista, el mosaico bizantino y el bajorrelieve gótico, los grandes sillares romanos y las pequeñas piedras del último tercio de la Edad Media. Desde el siglo IX y el XI construyeron su nave central cuyas bóvedas por arista descansan en grandes paredes macizas cortadas en su parte inferior por ocho cimbras sumamente bajas: el XI levantó su crucero y su ábside semicircular, separados del árbol de la cruz por una hermosa y alta escalinata el XII, el XIII, el XIV, el XV, cubrieron sus paredes de sepulcros y enriquecieron sus capillas con bellos altares de mármol, de los que no quedan ya sino fragmentos: el XVI sentó sobre las ruinas del coro antiguo otro de la decadencia gótica en cuyo trascoro fueron colocados los sepulcros de los abades: los posteriores, restaurando, embadurnaron gran parte del templo, y levantaron además de sus cimientos las dos naves laterales, frías y sin armonía alguna ni con los detalles ni con el conjunto. En medio de esta confusión de formas hay, sin embargo, un estilo dominante, el del siglo IX, estilo para nosotros casi indefinible que ni merece el nombre de bizantino ni de romano bizantino, ni merece en rigor ser llamado estilo por no ser sino la última degeneración del que Roma legó a la Europa bárbara. La ojiva no aparece aquí sino en las bóvedas, en el ábside, en las ocho capillas abiertas en el crucero, en la parte inferior de la nave central no asoma otro arco que el de plena cimbra: y ¡qué cimbra!... En el

presbiterio y el crucero, cuyo pavimento adornado de un bello mosaico cubren hoy las ruinas del altar mayor y las piedras caídas de las bóvedas, ofrecen también las mismas líneas de la nave a pesar de haber sido levantado pocos años antes de 1032 en que fue consagrada por tercera vez la iglesia: los arcos de sus ocho capillas no presentan tampoco más que una línea que se prolonga hasta el suelo por entrambos lados. Lo que verdaderamente contradice el carácter general del monumento son sólo las modernas naves laterales, faltas de todo interés para el artista, y el coro del que no queda ya en pie sino el muro posterior enriquecido con las últimas líneas de la decadencia del goticismo. Los sepulcros y los altares son accesorios que contribuyen poco al efecto arquitectónico del conjunto... Comunica la iglesia por siete u ocho gradas con un claustro, cuyos ciento y doce arcos semicirculares, distribuidos desigualmente en cuatro lados y en dos pisos, descansan sobre elegantes columnas pareadas, de base regulares y de capiteles bizantinos. Esta es sin duda la parte del monasterio que presenta más unidad, belleza y armonía. Ningún pilar, ni ninguna clase de estribos interrumpe las largas series de arcos: las líneas generales de la ornamentación son constantemente las mismas. Dos filetes en los extremos de intradós, semicírculos concéntricos en los paramentos y una muy pequeña columna en el punto de intersección de los semicírculos colaterales constituyen la decoración de todas las plenas cimbras: abacos ceñidos de molduras y terminados por dos líneas salientes, capiteles de iguales dimensiones, un collarino y una base compuesta de un plinto y un toro, la de todas las columnas: una sencilla línea corrida, la división entre las dos galerías. Toda la variedad de este claustro está sola y exclusivamente en los abacos y en los capiteles, poblados por el genio del escultor de follajes y entrelazos raros, de animales fantásticos y de un escaso número de figuras de personajes religiosos. Sólo por ellos, por la ejecución más delicada que en algunos se observa, por el adelanto que en los trajes presentan otros, puede conocer que fue construido el claustro en dos épocas distintas: sin esas diferencias ¿cómo no habíamos de atribuir a un mismo siblo y aún a un mismo autor esa doble y soberbia galería, cuyo conjunto comprendemos de una sola mirada, cuyo efecto es en nosotros tan simple y tan complejo?... Mas ¡ay! olvidaba que hasta aquí llegó la mano de la revolución, que uno de sus lados está en ruina casi completa, que sus techos ya no existen... ¡Cuan bellas son, sin embargo, estas ruinas, sobre todo para el que las contempla desde la ya destrozada puerta bizantina que abre paso del claustro al monasterio! Por entre ellas se levanta orgullosamente uno de los más grandiosos y severos torreones ro-

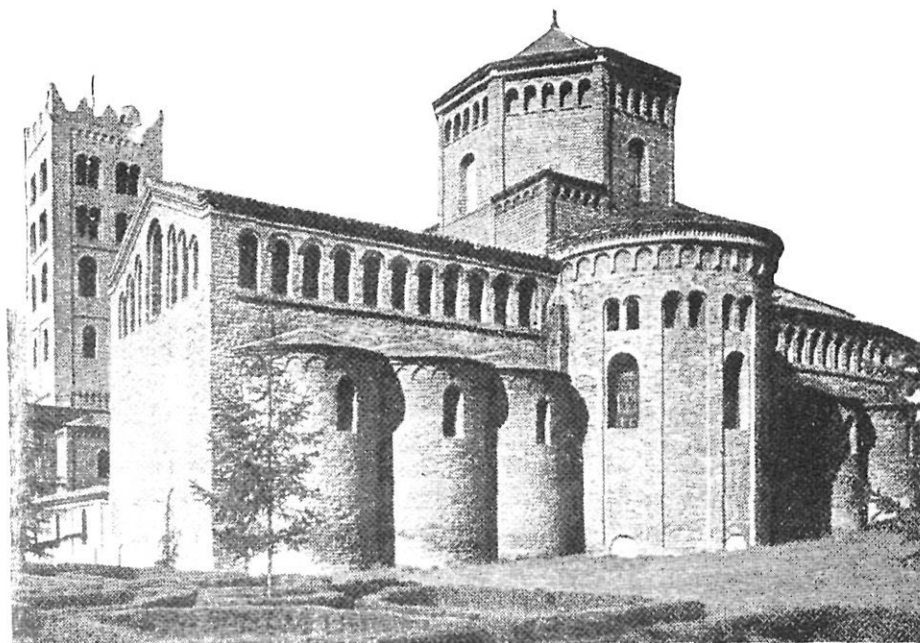
mano-bizantinos, el campanario del monasterio, ceñido de un triple ventanaje y de cenefas de arquitos cegados, defendido por grandes almenas entre las cuales nos parece que aún vemos asomar a los agigantados héroes de su siglo. Al pie de la puerta yacen amontonados acá y acullá columnas, abacos, capiteles, escombros confusos cubiertos por los espinosos ramajes de las plantas rastreras... ¡ah! no vayas viajero a pisarlos con planta indiferente: bajo esos montones de ruinas están los sepulcros de los condes, las tumbas de nuestros antiguos reyes. ¿Te estremeces? ¡qué vergüenza! ¿ese es el monumento que han erigido nuestros contemporáneos a los que rompieron con su espada el yugo de los árabes? ¿a los que restablecieron con su sangre nuestra libertad e independencia? ¿Y no hay una mano que levante de entre los escombros los sepulcros? ¿Son ya nada para nosotros los recuerdos? Es ya tan esplendoroso nuestro presente que no necesite de los brillantes reflejos del pasado?...» (1).

Años más tarde, en 1861, desde las páginas del **Diario de Barcelona**, Mañé i Flaquer recogía estas últimas y desconsoladas palabras en un artículo titulado **Cataluña y sus ruinas**, y exclamaba:

«Estas quejas se perdieron sin eco en el espacio, y con más razones pasarán sin dejar rastro las nuestras, menos elocuentes si bien no menos sentidas que aquéllas. ¡Oh! ¡Cataluña, Cataluña!: la maldición pesa sobre ti: la fatalidad extravía los pasos de tus degenerados hijos. El que menosprecia u olvida su pasado, renuncia a su porvenir: quien reniega de sus padres, es maldecido de su descendencia... Un día lloraremos con lágrimas de sangre lo que hoy contemplamos con fría indiferencia: un día también vuestras obras serán reducidas a escombros y convertidas en cenizas: un día el polvo de nuestros cadáveres será hollado con planta indiferente: y sobre nuestras miserables tumbas las carcajadas de la bacanal insultarán nuestra memoria porque nuestra indiferencia habrá enseñado a los que nos sucedan a ser irreverentes y sacrílegos... El día, por desgracia cercano, en que desaparezcan los últimos restos de aquel precioso y renombrado monumento: el día en que el arado abra surco sobre los sepulcros de los reconquistadores de la independencia de Cataluña, ¿quién se atreverá

(1) Piferrer, P.; Pi i Margall, Fr.: **Recuerdos y Bellezas de España. Cataluña**. Tomo II, Barcelona s. a. De las 350 páginas de que consta el volumen Piferrer redactó hasta la 215. Ramón Carnicer (*Vida y obra de Pablo Piferrer*. C.S.I.C. Madrid, 1963) afirma que las últimas entregas de Piferrer aparecieron en 1848, año de su muerte. La obra la concluyó Pi i Margall, a quien pertenecen las páginas sobre Ripoll, transcritas en el texto.

Ripoll. - Conjunto exterior  
de la basilica en su  
estado actual.



a engalanarse con el título de **catalán**, convertido en ridículo apodo? ¿qué es Cataluña sin su pasado? Como creación moderna no tiene razón de ser. Cataluña existe en su historia y pos su historia toda entera: una solución de continuidad es la muerte, y la muerte de las autonomías es siempre un suicidio. El suicidio de Cataluña se consuma renunciando a su pasado» (2).

Sin embargo, y a pesar de las doloridas palabras del periodista, algo se había hecho y se hará pronto para paliar en lo posible el estado ruinoso en que yacían lo que antaño fuera uno de los más hermosos monumentos del románico catalán. A las constantes atenciones que por su cuenta habían prestado el doctor Eudaldo Rague y el historiador del monumento José María Pellicer, se unieron las iniciativas que la Academia de Bellas Artes barcelonesa adoptó para remitir en lo posible la total destrucción de la basilica mariana. Así, en la sesión celebrada por la corporación el 8 de noviembre de 1863, dos años después del artículo de Mañé i Flaquer, se señaló la importancia que la institución había dado a la restauración y conservación del monasterio. De este modo lo hizo constar el secretario de la Academia, Manuel Ferrán, en la apertura de la sesión. Vencidos, por mediación del gobernador de Gerona, los obstáculos «que el espíritu de la localidad ha suscitado en mal hora, y en mengua de los intereses del arte mo-

numental», y contando con la ayuda de las Diputaciones de Barcelona, Gerona y Lérida, la Academia hizo el propósito de trazar el plan general de la restauración y desarrollar las obras bajo la dirección de una comisión nombrada de entre sus miembros, para que las inspeccionara y dirigiese; para ello contaba también con la prometida ayuda de la Academia de San Fernando. A lo más que se aspiraba era a ver reparado el edificio (3).

Desde este momento intervino Elías Rogent. Una carta del presidente de la Academia de Bellas Artes de Barcelona, Marqués de Alfarrás, nombró al arquitecto para que, junto al pintor Claudio Lorenzale, se sirviese inspeccionar los trabajos de restauración que se estaban realizando en el templo (4). Dos días después de la fecha de dicho nombramiento, según recoge el dietario de Rogent, éste, en compañía de Lorenzale, emprendió viaje a Ripoll, donde permaneció tres días para dar cumplimiento al encargo (5). Desde estas fechas y alternativamente, pero sin interrupción hasta 1867, Elías Rogent visitó Ripoll para analizar el estado de conservación y restauración del monasterio. El 5 de enero de 1862 (6), redactó el dictamen sobre el edificio y, a partir de entonces, se dedicó plenamente a esta gran obra. La lectura de su dietario nos

(2) Mañé i Flaquer, J.: *Diario de Barcelona*, 15 de septiembre de 1861. Reproducido en el mismo diario el 9 de julio de 1893.

(3) Academia de Bellas Artes de San Jorge de Barcelona. *Acta de la sesión pública celebrada por la Academia de Bellas Artes de la provincia de Barcelona, el día 8 de noviembre de 1863*. Barcelona, s. a.

(4) Archivo Rogent, Collbató (Barcelona). Correspondencia de Elías Rogent. Legajo sobre las obras de Ripoll.

(5) Rogent, E.: *Dietario*. Archivo Rogent, Collbató (Barcelona).

(6) *Ibid.*

muestra fielmente, día a día, la preocupación del arquitecto por llevar a buen término la encomienda de la Academia barcelonesa. Pero no todo fueron facilidades en su labor. De nuevo, una carta del presidente de la Academia, nombró a Rogent, junto a los académicos Francisco Javier Llorens, Francisco de Paula del Villar, y a los componentes de la Comisión de Monumentos de Gerona, Joaquín Pujol, Martín Sureda y Alfonso Gelaber, con Baltasar Montero, delegado de la administración de fincas del Estado, para que resolviese, del mejor modo posible, un problema de deslinde de las tierras pertenecientes al monasterio, ante las prestaciones de algunos vecinos de la villa, que se habían apresurado a apoderarse de parte de ellas provocando el deterioro del templo (7). La visita no se cumplió hasta el día 7 de noviembre de 1866. Sin embargo, ante la sorpresa de los comisionados barceloneses, los de Gerona no hicieron acto de presencia, por lo que por su cuenta procedieron a las obras de amojonamiento y deslinde que se les había encomendado. Las causas de la ausencia de la Comisión gerundense aparecen claras en una carta que la Academia de Bellas Artes de San Fernando envió a la de Barcelona (8). En ella, se hace balance de lo ocurrido hasta entonces y se menciona una carta de la Comisión de Gerona a la de la Ciudad Condal, en la que *aquella había acordado «no acudir a la expresada reunión pues había dado ya fin por su parte al servicio que se les había encomendado»*, al tiempo que juzgaban estéril e inconveniente «recordar lo ocurrido, y que no podía admitir intromisión alguna que desconociese la autonomía de aquella provincia ni reconocer otro superior que las dos Reales Academia de las que eran correspondientes los vocales que componían aquella Junta artística y arqueológica». Como también señala esta carta, la Comisión de Gerona mostró una rivalidad funesta y lamentable con la Comisión y Academia de Barcelona, que poco favor hacía al empeño mostrado, tanto por Barcelona como por Madrid, para llevar a cabo la restauración definitiva del monasterio. De ahí, que la Academia de San Fernando decidiera, en vista de poco celo de los gerundenses, reconocer el acierto de los estudios, reconocimientos y el plan de reparación que la Comisión de Barcelona había desarrollado y, atendiendo al interés demostrado por la Academia barcelonesa, a quien se debía la iniciativa de la restauración, encomendarle la dirección artística de la persona de Elías Rogent, autor de los trabajos preparatorios.

Con el respaldo oficial de Madrid, liberado de las pequeñas disputas domésticas con la Comisión de Gerona, y habiendo trazado el proyecto de restauración del monasterio, Rogent continuó los trabajos iniciados años antes. Sin

embargo, por causas totalmente ajenas a su voluntad, relacionadas en su mayor parte con la escasez de medios económicos, las obras quedaron paralizadas poco tiempo después. No se reanudarían hasta 1886.

II. Llevaba algunos años al frente de la diócesis de Vich cuando, en 1886, el obispo Morgades decidió llevar a cabo lo que años antes había iniciado sin fortuna la Academia barcelonesa. Tras haber conseguido un año antes que el gobierno cediera el monasterio a la mitra de Vich, y una previa visita a Elías Rogent, el obispo reunió en una histórica sesión a los académicos de Bellas Artes de Barcelona y a los estamentos más significativos de la ciudad, hombres de la política, de la cultura y de los negocios, y lanzó la idea de realizar la definitiva restauración de la basilica (9). En él se unía el fervor católico, su afición a las artes y una veneración, propia de aquellos tiempos, hacia las glorias del pasado medieval catalán. No le faltaba el hombre capaz de llevar a término el gran sueño, imposible para la mayor parte de los allí congregados. Y este hombre, Rogent, se levantó para defender fervorosamente su antiguo plan.

El dietario de Rogent nos da cuenta de los primeros contactos entre él y el obispo. En los primeros días de febrero de 1886 se llevaron a cabo las primeras entrevistas, encaminadas a planificar el orden de las obras. Elías Rogent le mostró los planos ya trazados años antes y se decidió continuar la restauración. El 10 del mismo mes se reunió la Junta nombrada para supervisar las obras y se nombraron las subcomisiones. A partir de entonces, y sin tregua hasta finalizar su Informe, Rogent se dedicó en cuerpo y alma al estudio del monumento. En los preliminares de dicho informe el arquitecto recuerda la visita que en compañía del obispo Morgades realizó a Ripoll (2 de marzo), para reconocer «in situ» el estado de la iglesia y del claustro. La escena era desoladora:

«...bóvedas hundidas, muros y machones agrietados y cuarteados, masas informes y desprendidas donde crecían plantas parietarias y la hiedra trepadora, hacinamiento discordante y heterogéneo de escombros en el atrio que ostenta la imafrente, en las naves laterales, en el crucero y en la línea foránea; absidial; todo era confusión y desorden en aquella localidad, que ni siquiera ofrecía medianas condiciones para inaugurar dignamente los trabajos» (10).

Sin embargo, la inauguración de las obras se llevó a cabo el 21 de marzo, fiesta de San Be-

(7) Archivo Rogent, Collbató (Barcelona). Correspondencia de Elías Rogent. Legajo sobre las obras de Ripoll.  
(8) Ibid.

(9) Rogent, E.: *Dietario*. Archivo Rogent, Collbató (Barcelona). También menciona esta sesión F. Miquel i Badía en el *Diario de Barcelona*, del 12 de julio de 1893, en un artículo titulado *La restauración de Santa María de Ripoll*.

(10) Rogent, E. *Santa María de ipoll. Informe sobre las obras realizadas en la Basílica y las fuentes de la restauración*. Barcelona, 1887.

nito, acudiendo a ella las corporaciones más representativas del Principado, la prensa, las asociaciones catalanistas, el clero, diputados a Cortes y provinciales, la nobleza, el comercio y la industria, escritores, arquitectos, gentes en su mayor parte procedentes de Barcelona, Vich y de las comarcas catalanas. El mismo Rogent lo recuerda:

«La escena era sublime y grandiosa y los que tuvimos el honor de contemplarla, la recordaremos con fruición toda la vida; aquel altar, improvisado en el hemiciclo mayor, con el frontal, formado por dos grandes claves ojivales cubiertas de rica imaginaria, daba a la manifestación un sabor místico indescriptible, templado por la severa majestad de las ruinas. Las sentidas y elocuentes frases pronunciadas por V.E.I. (se refiere al obispo Morgades, a quien Rogent dedicó el texto de su informe) después de la procesión y de los oficios divinos, enalteciendo la importancia del acto que celebrábamos, haciendo visible lo que fue la reconquista de nuestra patria, que el suelo que pisábamos, santificado por la Iglesia, estaba regado con la sangre generosa de nuestros más ilustres ascendientes, y que, retrotrayéndose a aquellas remotas edades, consideraba ser Ripoll el centro de Cataluña, merecieron aplausos sinceros y entusiastas, precursores de los fabulosos resultados en tan pocos meses obtenidos» (11).

Este primer año fue particularmente intenso en sus estudios sobre el arte románico y las fuentes arqueológicas del monasterio. El 20 de junio, una expedición de arquitectos barceloneses, compañeros de Rogent, giró una visita al monumento y a las obras en curso, siguiendo atentamente las explicaciones que el restaurador les daba. Aprovechando esta visita, al día siguiente se trasladaron a San Juan de las Abadesas, donde Rogent y los arquitectos Fernández y Bassegoda, componentes del grupo, levantaron los planos de San Pol y de la Colegiata. La expedición regresó el mismo día a Barcelona, excepto Augusto Font, Gallisá y Font i Gumá, quienes acompañaron a Rogent en una excursión a Sant Jaume de Frontanyà. Allí sacaron fotografías y levantaron el plano de la iglesia. Como veremos, el estudio de esta iglesia sería decisivo para la orientación definitiva de la restauración del cimborrio, hasta el punto que Rogent se vio obligado a rectificar los proyectos en 1865. El mismo escribió en su diario:

Junio, día 22: «Esta iglesia, contemporánea de Santa María de Ripoll, explica cumplidamente lo que debió ser la parte absidal coronada por el cimborrio instalado en el crucero. Este viaje me ha proporcionado una gran satisfacción artística, porque se han visto coronadas mis previsiones» (12).

(11) *Ibid.*, pág. 9.

(12) Rogent, E.: *Dietario*. Archivo Rogent, Collbató (Barcelona).

No satisfecho con esta visita, el 8 de julio del mismo año estudió las iglesias de Tarrasa, en compañía de sus hijos Francisco y José y con Antonio Font, y al día siguiente se trasladaron a Sant Llorenç del Munt, donde levantaron la planta de la iglesia y sacaron fotografías (13). Este material, como el de Sant Joan de les Abadeses y de Sant Jaume de Frontanyà, será estudiado cuidadosamente en los días siguientes. Ilusionado con sus descubrimientos, el 23 de agosto inició un viaje a las dos Cerdañas y al Rosellón, acompañado de su hijo Francisco y de Claudio Durán; finalizaron la expedición en tierras catalanas, con visitas a San Pedro de Roda y a Castelló de Ampurias, pasando por Vilabertrán, cerca de Figueras.

Con el material recogido en estas excursiones arqueológicas y sus posteriores estudios, Rogent redactará una memoria con el título de **Santa María de Ripoll. Informe sobre las obras realizadas en la Basílica y las fuentes de la restauración**, informe que, destinado al obispo Morgades, fue impreso en 1887.

III. Por razones obvias no es necesario señalar la importancia que tiene para nosotros el contenido de este **Informe**. Nadie mejor que el propio arquitecto podría explicar la historia de los seis primeros meses de la restauración del monasterio y, lo que es más importante, las fuentes en que se inspiró para llevarla a término, tal y como hoy lo podemos contemplar, y la pasión que puso en el empeño. Ya no es el arquitecto, sino el arqueólogo, el que ilusionado y movido por el entusiasmo da cuenta de lo realizado hasta aquella fecha.

Cuatro partes y un epílogo componen la comunicación. La primera de las partes la dedica a unos preliminares retrospectivos, en los que explica sus primeras impresiones sobre el monasterio y de la fe que le impulsó a hacerse cargo de las obras, añadiendo al final unas líneas en las que agradece a una serie de personalidades el interés que habían otorgado al edificio y a su restauración (14). En la segunda da cuenta de las obras realizadas y en curso de ejecución, y del estado en que se hallaba el conjunto al hacerse responsable de las mismas:

«Trasladándonos a la fachada posterior recordaré, que los siete hemiciclos estaban en su parte baja terraplenados con los escombros procedentes de anteriores demoliciones. El nivel exterior del terreno era más elevado que el plano de la Iglesia produciendo humedades que trascendían al interior de la basí-

(13) *Ibid.*

(14) Además de a Eudaldo Riquer, cita a Valentín Cardener, ya difunto, que fue vocal de la Comisión Central de Monumentos, además de artista, escritor y académico de San Fernando, de Madrid, y al arquitecto provincial de Gerona, Martín Sureda, que fue director de las obras de restauración durante algunos años. El Archivo Rogent de Collbató conserva un proyecto de este arquitecto para la restauración de la iglesia de Ripoll.

lica; hoy las masas sobrepuestas han desaparecido, los muros, en su parte baja, quedan recalzados y reparados, ofrece el terreno la pendiente natural, siendo visible en su totalidad las obras absidiales de los primeros años del siglo XI.

Siguiendo la rodalía, en su lado meridional hay inmensos terraplenes que esconden lo que fue sala capitular, dormitorio, y acaso, notables vestigios del claustro anterior o coetáneo de la iglesia. Es visible una galería del siglo X abovedada y perpendicular a la línea de los ábsiles, muros con ventanas saeteras que acusan remota antigüedad y otros accesorios no menos apreciables. Como estas obras no interesan directamente la vida de la iglesia, por encontrarse en plano inferior, por ahora no se realiza el vaciado, y será preliminares de la reedificación del claustro actual que, después de la portada, es la joya más preciosa del cenobio benedictino.

Los trabajos exteriores reseñados, a pesar de su utilidad reconocida, los primeros restauradores no las emprendieron por tener otros deberes que cumplir y los recomiendo a V.E.I. por sus beneficiosos resultados.

Mucho y bien se ha trabajado, empezando por el escombros general y por el derribo de las masas desprendidas y ruinosas, adheridas en 1827 a los muros primitivos, cuando se intentó corregir los errores, sin conseguirlo, cometidos en los primeros años del siglo XV estableciendo tramos de crucería sobre muros rectos. Estos revisten importancia merecida; los escombros debajo de la torre Norte llegaban a cuatro metros de altura, obstruían la capilla de la galilea y ocupaban parte de las naves laterales y crucero. Los paredones, contiguos a los perimetrales, estaban aparejados con descuido y fue tarea fácil su demolición, pero sus vestigios, poco aprovechables, no han pagado los gastos de extracción y de derribo. Que esta obra fue pertinente es muy cierto, pues ha dado a conocer hechos ignorados por los primeros restauradores sobre el verdadero estado de los muros y de la cimentación revelando, además, la existencia de la que dividía las dobles naves laterales. Asimismo ha hecho visibles los males causados por la acequia y las aguas llovencas encharcadas que, más o menos, han atacado las fábricas murales. Por último, dentro de las mamposterías han aparecido fragmentos del siglo XI en basas, fustes y capiteles que formaron parte de las columnas primitivas.

He mencionado que, en el siglo XV, los monjes establecieron crucerías desde la imfronte hasta el hemiciclo central. Esta obra, destruida no por la revolución, sino por sus malas condiciones, había dejado en pie parte del tramo inmediato a la portada y la que cubría el ábside mayor. Conservarla hubiera sido deplorable, porque en 1827 motivó tra-

bajos tan mal pensados como dirigidos, habiéndose procedido con perfecto conocimiento de causa a su demolición.

Conocidos los males, han comenzado los recalzos y los reparos dejando lo primitivo en sus condiciones originarias. Estos trabajos, terminados en la parte septentrional, en el crucero y en los hemiciclos adyacentes, han requerido esmero, previsión y se hallan en buen estado de servicio, queda reedificado también en el cuerpo bajo del campanario Norte, del que los monjes, en el primer tercio de este siglo quitaron un machón central para convertirlo en capilla, no permitiendo sus malas condiciones continuar las obras de elevación.

Hace algunos años que el arquitecto provincial de Gerona, construyó parte del tramo septentrional de la nave mayor, uniendo el cuerpo del campanario con el crucero, cuya bóveda, en parte restaurada, no hubiera obtenido la solidez conveniente. El de la parte Sud se hallaba aparentemente en mejores condiciones; pero detenidos estudios pusieron de manifiesto, que los machones rajados radialmente estaban disgregados; fue preciso apear la pared superior, construir nuevos pilares, quitar las adiciones del siglo XV y rehacer los lobulados que, a manera de friso, existieron en la época primitiva, como lo había hecho ya el citado arquitecto en el muro Norte antes mencionado.

Al hundirse las bóvedas en 1852 quedó la nave mayor dividida, y faltaban las arquerías precursoras de la cubierta; se han construido dos torales o cabeceras en el extremo Este de las torres y en la unión de las naves longitudinales y transversal. Ambos son de sillería y el último reviste la fuerza necesaria para recibir el cimborrio del crucero.

El ábside central ha sufrido, en el decurso de los siglos, profanaciones verdaderas, los muros experimentaron cambios radicales, no por superposición sino por sustracción; gran parte del paramento no existía, el núcleo interior estaba mal construido, necesitó grandes reparaciones y que se edificase de nuevo el caserón originario. Este trabajo hecho con amor y sentimiento, ostentaba la labor propia del pequeño sillarejo careado, parece mosaico rústico, se armoniza con la severa magstad del monumento románico y honra en extremo tanto al director como a sus aparejadores.

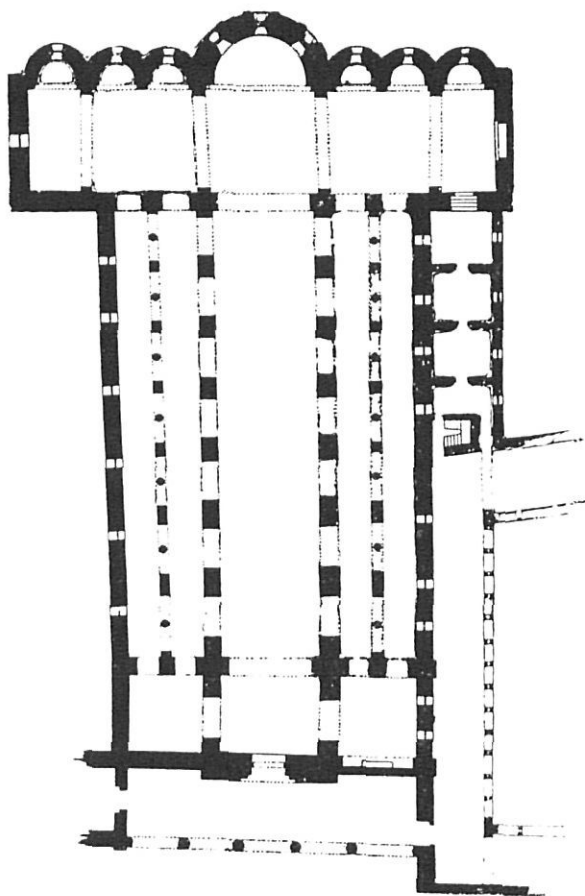
Siguen en curso de ejecución los pilares de sillarejo que, con columnas intermedias, separarán las dobles naves laterales, se reparan y abren los huecos tapiados del muro meridional de la iglesia, se ha derribado un contrafuerte intruso y una capilla moderna para instalar la sacristía, están acopiados parte de las basas, fustes, capiteles y abacos de las mismas naves laterales, y además, las columnas de mármol de Gerona para com-

pletar el cuerpo alto del ala oriental del claustro.

Hasta el presente, los materiales pétreos proceden de las ruinas y proporcionan sillares de grande estima para machones, pilares, dobelage, perpiaños, y también, masas considerables de sillarejo careado. El único medio empleado para la confección del mortero moderno, es el del cemento romano, llamado lento, inmejorable para evitar las irregularidades del asiento en los anjarjes, recalzos y adherencias, costando a pie de obra, incluso los gastos de transporte, el reducidísimo precio de dos reales por quintal. La arena, de buena calidad, procede de los depósitos aluviales del río Ter, tomada en las intermediaciones del cenobio» (15).

Hombre meticoloso, no lo podemos negar ante los párrafos anteriores, Rogent se sintió profundamente preocupado por el modo de llevar a cabo la restauración del monasterio. Al terminar esta segunda parte se pregunta: ¿Los trabajos realizados y en curso de ejecución revisten, en su realismo constructivo, la apariencia de los antiguos? El mismo se contesta y justifica su trabajo:

«El lunar que tienen, mirados bajo el punto de vista arqueológico, nace de su misma perfección, porque, los adelantos hechos en el arte de construir en nuestros días se reflejan en las obras realizadas. El monumento de Santa María pertenece a diversos períodos, y cada uno ha puesto en función los medios técnicos que poseía. Los ábsides, que consideramos ser lo primitivo, presentan descuido y la rusticidad propios de operarios, más adiestrados en el manejo de las armas para defender el suelo que pisaban, que en las artes de la paz propias del constructor. A medida que la iglesia se acerca a la fachada, los aparejos mejoran y el sillar y el sillarejo reciben labra más esmerada; cuando elevan la imafrente, aparte de su espléndida exornación escultural, el cantero y el albañil ostentan mayores conocimientos y al llegar al claustro construido en los siglos XIII y XIV, vemos un esmero y una pulcritud que ciertamente faltan en la parte primitiva. ¿Es posible que aquéllos puedan retroceder y amoldarse a las prácticas de los diversos siglos, acentuando en cada uno las diferencias? Creo que tenemos derecho para exigirles que trabajen conforme a los buenos principios que adquirieron, pues lo contrario sería pretender un imposible, y abrigamos la convicción de que, en el caso presente siendo, particularmente la iglesia, una reconstrucción más que una restauración, aun cuando las líneas, perfiles y detalles sigan los carac-



Plano de la basilica Olibana.

teres propios del siglo a que nos traslademos, habrá siempre algo que manifestará que las obras se han realizado en el último tercio del presente siglo» (16).

Posiblemente con estas líneas conteste a más de un estudioso actual que, ligeramente, ha tachado de «historicista» la restauración de Ripoll, empleando el término en tono peyorativo, olvidando que el mismo arquitecto era consciente, como vemos, de la manera en que llevaba a cabo la obra. Al fin y a la postre no hacía sino seguir los dictámenes de la época y al pie de la letra lo que los manuales sobre arqueología cristiana recomendaban. Así lo demuestra, por ejemplo, José de Manjarrés, autor de un librito titulado **Nociones de Arqueología Española** (17). Este autor de la época, en su primer capítulo «Conservación, reparación y restauración de monumentos», escribe:

«En la restauración siempre será mejor lo que se hiciere nuevo, y aun en este caso lo que se hiciere deberá ser irreprochable.

(15) Informe..., págs. 15-20.

(16) Ibid., págs. 20-21.

(17) Manjarrés, José de: **Nociones de Arqueología Española**. Barcelona, 1874.

La tarea del restaurador es muy difícil. Para restaurar un monumento se necesita más erudición que genio, más paciencia que fecundidad, y más conciencia que entusiasmo.

Las innovaciones que la civilización exija pueden y deben introducirse; pero nunca deben ser un motivo de mutilaciones.

Las modificaciones que un edificio exija en razón de las nuevas necesidades tampoco debe hacerse en detrimento del carácter del monumento. El mayor ensanche que deba darse a estos edificios debe considerarse como una obra nueva y por lo mismo debe someterse a las condiciones de la antigua.

En la restauración de un monumento es aventurado hacer suposiciones: cuando no se tuviere datos bastante seguros para suplir lo que faltare, más vale detenerse que representar una antigualla de cuya existencia pueda dudarse.

Si alguna circunstancia especial hiciere indispensable la demolición de todo o parte de un edificio, nunca deberá procederse a ella sin haberse sacado antes los planos y dibujos correspondiente.

En último resultado y como resumen de lo dicho hasta aquí: debe profesarse la máxima de que más vale conservar que reparar; que es preferible reparar a restaurar; y que en ningún caso debe ser permitido añadir ni siquiera con pretexto de adornar».

Como se ve, Rogent siguió estas recomendaciones, posiblemente no influido por Manjarrés, sino por propia convicción y conocimiento. «Para restaurar un monumento se necesita más erudición que genio», dice Manjarrés, y Rogent lo demuestra con creces en la tercera parte de su **Informe**.

Este capítulo lo dedica a las «Fuentes artísticas de la restauración». Tenemos la suerte de poder seguir paso a paso sus inquisitivas expediciones a lo largo del país catalán y del sur de Francia, en la lectura de su **Dietario** y en el **Informe**, y tomar el pulso a sus ansias de mayores y mejores conocimientos. El mismo Rogent reconoce que desde su primer proyecto, en 1865, sus conocimientos y experiencias se habían acrecentado y que todo lo que sabía sobre algunos monumentos posteriores a Ripoll (Poblet, Santes Creus, Vallbona de les Monges, San Martín de Sarroca, las catedrales de Tarragona y de Lérida, Porqueres y Sant Joan les Fonts) no le servía para nada, y que sus pasos debían dirigirse hacia otros lugares. De ahí, como vimos antes, sus expediciones a Sant Joan de les Abadesses, Sant Jaume de Frontanyà, Tarrasa, Sant Llorenç del Munt, Cerdaña española y francesa y el Rosellón. Como él mismo reconoce, la idea de buscar las fuentes de la restauración de Ripoll era su eterna pesadilla.

Los estudios realizados sobre los monumentos de estas localidades fueron decisivos para el definitivo proyecto y posterior realización.

De Sant Jaume de Frontanyà, la «pequeña ripollense», como él la llama, afirma: «Este monumento se singulariza dentro de la historia de nuestro arte religioso y explica, en escala reducida, el efecto pintoresco, animado y seductor, que produciría la parte absidial de Santa María de Ripoll, coronada por el gallardo cimborrio, hundido en los últimos años del siglo XV» (18). Y la iglesia de Sant Llorenç del Munt satisfizo todas sus aspiraciones: «sin aditamentos posteriores, ostenta la ruda sencillez de la parte más antigua de la Ripollense, su contemporánea, es de tres naves, triabsidial en una recta, tiene mucha afinidad con la de Sant Jaume de Frontanyà, fue consagrada en 1064, ofrece buenos datos para la restauración y merece una monografía especialísima, que si mis años lo permiten, algún día pienso publicar» (19).

Pero particularmente interesantes fueron para él los monumentos de Cerdaña y del Rosellón, con los que cerró sus estudios sobre la arquitectura románica. En su dietario apuntaría minuciosamente el recorrido, iniciado en agosto de 1886:

Día 23: Salgo a las seis de la mañana de Sarriá con mi hijo Francisco y Claudio Durán, y empezamos el viaje a Cerdaña y Rosellón. En Vich, para conferenciar con el Sr. Obispo y con Artigas sobre las modificaciones hechas al plano de Ripoll, y quedan aprobados en todas sus partes. Por la tarde llego a Ripoll a las seis.

Día 24: Estancia por la mañana en Ripoll; visito las obras de restauración y empiezan los trabajos de las naves laterales. Los planos de la restauración quedan en poder del aparejador Font Pulvosa. Por la tarde viajo a Puigcerdá; llegamos a las siete y media habiendo atravesado el puerto de Tosas.

Día 25: En Puigcerdá visito la Parroquial, conjunto majestuoso de varios siglos, sin carácter definido. Visito al farmacéutico arqueólogo don José María Martí. Por la tarde en la Cerdaña francesa visito la parroquial de Angustringa, principios del siglo XI. Estudio de la iglesia parroquial, moderna de construcción.

Día 26: Desde Puigcerdá en la Cerdaña española; por la mañana visitamos las iglesias rurales de Bolví, All, Ger y Saga, todas románicas de los primeros años del siglo XI: son notables sus portales con fachada lateral y su ábside, son todas de una nave, primero cubierta de madera, después abovedada. Comida en Puigcerdá; por la tarde estudio de la iglesia dominicana y de su portada. Visita al valle de Codalet (Cerdaña francesa). El

(18) **Informe...**, pág. 25.

(19) *Ibid.*, pág. 26. Por lo visto los años le permitieron ordenar y estudiar todo el material pues, a pesar de que no pudo verlo, el trabajo fue publicado con el título de **El monasterio de Sant Llorens de Munt** en el Anuario de la Asociación de Arquitectos de Cataluña, año 1900, págs. 61-104.



ábside románico de Ambeix. Las dos torres colocadas en el centro del valle, obra de los siglos medios y la cascada superior son de bellísimo efecto. El paisaje de la garganta de Codalet es imponente. Pernoctamos en Puigcerdá.

Día 27: Salimos de Puigcerdá a las seis de la mañana. Visitamos la iglesia de Ix y la de Lló; las dos románicas del siglo XI, similares a las del día anterior. Llegamos a Montliu a las doce de la mañana y después emprendemos el viaje a Santa María de Planes, iglesia triangular equilátera con tres hemicírculos notables por su forma especial y antigüedad. Tomamos de nuevo el carruaje por Villafranca y Cornellá de Conflent, llegando a Vernet a la última hora de la tarde. El aspecto de la población moderna es alegre y animado.

Día 28: Desde Vernet, a las seis de la mañana, vamos a San Martín de Canigó y después de algunas horas llegamos al mismo a las siete de la mañana. Es obra románica del primer período, llamando la atención sus dos iglesias sobrepuestas, su claustro, su torre campanario, dos sepulturas trogloditas y otros accesorios. Un centenar de metros inferior hay una capilla arruinada (La Chapelle que parece algo anterior al cenobio benedictino y en el pueblo de Castell al pie del monte hay una iglesia románica cubierta de madera y en varias puertas hay capiteles del claustro superior de San Martín. Regresamos a Vernet a las seis de la tarde.

Día 29: Por la mañana en Vernet visitamos las termas antiguas y modernas, el casino, el parque y demás establecimientos. Oímos misa en la parroquia del siglo XIII. Por la tarde visitamos el pueblo e iglesia de Cornellá de Conflent, de tres naves, crucero y cinco ábsides, torre campanario y portada espléndida del siglo XII. El altar mayor es primitivo, aislado y en la envoltura absidial interiormente hay bajorrelieves de alabastro con escenas de la vida del Redentor. Por la noche visitamos el teatro.

Día 30: Salida de Vernet a las siete de la mañana. Visitamos la iglesia de Villafranca de Conflent. Es irregular de dos naves, una mayor y otra menor, en la parte del Evangelio es románica y de trasición; lo más notable son sus portadas laterales. En esta villa hay casas antiguas muy notables. Monasterio de Cuxá: es una ruinoso masa abandonada; conserva un buen campanario. Hay construcciones subterráneas notables. Prades tiene un buen campanario románico y en una casa de baños parte de los claustros de Cuxá, transportados. Llegamos a Perpignán a las cinco de la tarde.

Día 31: Desde Perpignán viajo a Elna; catedral románica del siglo XI; es de tres naves y tres ábsides, torre campanario y claus-

tro de los más antiguos del viaje. Por la tarde en Perpignán. Catedral gótica del siglo XIV y terminada en el siguiente; en su género es notabilísima. San Jaime del siglo XIV y otra parte moderna. Portada lateral sencilla pero románica; dos presbiterios opuestos y de igual importancia. La Lonja edificio gótico del siglo XIV, notable por su exornación. Las casas consistoriales del siglo XIV en extremo severas, con ventanas agimeras en el piso principal.

Setiembre - día 1: Salida de Perpignán a las tres de la madrugada. Llegada a Llansá a las cuatro y media. Salida de Llansá a las cinco y media. Llegada a Port de Mar a las seis y media. En su iglesia hemos visto un relicario de los siglos IX o X, perteneció al monasterio de San Pedro de Roda, y en una capilla rural abandonada un capitel del mismo monasterio. San Pedro de Roda es un conjunto imponente de ruinas, notable por su iglesia, seguramente la primera de España en su género románica. Es monumento que merece estudio especial. Por la tarde visitamos Castelló de Ampurias. La iglesia gótica de tres naves y columnas monocilíndricas, su portada con imaginería, su torre campanario y el altar llaman la atención. Llegamos a Figueras.

Día 2: En Figueras. Visitamos la abadía de Vilabertrán del siglo XII. La iglesia, el claustro, el campanario y el Palacio Abacial son dignos de atención y de estudio. Por la tarde llegamos a Barcelona (20).

No cabe duda, que las prestaciones que da Manjarrés en su librito fueron seguidas cumplidamente por Rogent. El restaurador, dice aquél, necesita «más **erudición** que genio, más **paciencia** que fecundidad, y más **conciencia** que entusiasmo»; Rogent empleó perfectamente las tres cualidades que aconsejaba el escritor, pero no pudo frenar su entusiasmo, que asoció a una conciencia rigurosa de la investigación arqueológica. Sus estudios realizados sobre el terreno y madurados después en la consulta de los textos, sirvieron a Rogent para formarse un criterio arqueológico de la restauración, al que dedica la cuarta y última parte de su **Informe**, aunque él considere insuficiente lo visto para generalizar y deducir lo que fuera el arte catalán en los primeros años de la reconquista. «¿Es preciso conocer los monumentos mencionados, y otros similares, para que la restauración no esté basada en teorías racionales o sea hija de la fantasía?». Con esta pregunta aprovecha el arquitecto para justificar el criterio seguido en sus trabajos.

Las obras realizadas y a realizar las divide en tres partes: a) reconstrucción de muros, sujetos a formas subsistentes, siguiendo modelos conocidos, para continuarlas o rehacerlas; b)

(20) Rogent, E.: *Dietario*. Archivo Rogent, Collbató (Barcelona).

obras que, conociéndolas por datos fehacientes o construcciones análogas, habían desaparecido y era necesario proyectarlas, inspirándose en ejemplos similares de la misma época; y c) trabajos artísticos monumentales que necesitaban restauración.

Al primer grupo pertenecían las labores realizadas ya o en curso de ejecución en el momento de redactar su memoria: emplazamiento y escombrado; cortar las filtraciones que dañaron las fábricas situadas junto al monasterio, en funcionamiento desde cincuenta años atrás; asentar sólidamente el campanario de la parte norte; recalzar los muros del perímetro; aparear arcos; rehacer los machones; abrir ventanas tapiadas; voltear los torales y el cascarón del ábside. Faltaba, todavía, abovedar la nave central, siguiendo la del crucero, atirantar los muros del campanario situado al sur y concluir el ala oriental del claustro. Los otros dos puntos abarcaban obras relacionadas con los elementos sustentantes y arquerías de las dobles naves laterales y sus respectivas bóvedas; el cimborrio; los campanarios; la decoración escultórica y la policromía; los siete altares situados en los ábsides; los pavimentos, la cerrajería y las obras de carpintería.

Para todos estos trabajos, Rogent rechazó todo criterio subjetivo y se ciñó racionalmente a los estudios realizados sobre los monumentos visitados en sus excursiones, aplicando no sólo los ideales de la época en que se construyeron, sino también el oficio de la práctica de construcción del siglo XI, época que era para él espejo en el cual mirarse para hallar las verdaderas fuentes de la restauración de Ripoll. Así lo reconoce en el **Informe**:

«La obra que falte en Ripoll se hallará en los valles de Comflent o Pla de Bajes, en las orillas del Galligans o del Ritort, en Helna o en Tarrasa, pudiendo afirmar que los ex-monasterios de San Miquel de Cuxá, San Martí de Canigó, Sant Pere de Roda y Sant Llorenç del Munt y la iglesia parroquial de Sant Jaume de Frontanyà guardan entallados en sus piedras los planos de la restauración, debiendo el arquitecto hoy sólo ordenarlos y compilarlos» (21).

El desconocimiento que tenía de estos monumentos cuando trazó el proyecto de 1865, le hizo cometer algunas equivocaciones, que enmendó posteriormente cuando estudió los edificios pirenaicos y del Rosellón:

«Al trazar en 1865 el proyecto primitivo, conocía poco los principios de nuestro arte regional y faltaban obras técnicas que los explicaran. Para salvar las vallas que encontraba tomé por guías a Cabeda, Batissier, Daniel Ramée, Tomás Hope, De Caumont, los Monumentos arquitectónicos de España, el Diccionario de Viollet-le-Duc, los Monumentos antiguos y modernos de Gailhabaud y la ar-

quitectura del V al XVII siglos del mismo autor, aparte de algunas monografías que, ni siquiera por referencia, mencionaban nuestros monumentos. Bajo esta base, encontrando que el ábside y la cripta de Nuestra Señora del Puerto en Clermont y que el nártex de la iglesia de Maurmoutier tenían columnas monocilíndricas y que existían en Ripoll datos indubitables de su pasada existencia, creí que debía seguir estas indicaciones confirmadas también por analogías. Este procedimiento, en su aplicación práctica, tenía graves inconvenientes; los sustentantes cilíndricos eran débiles y estaban desequilibrados con los robustos machones de la nave mayor, y además, afirmando el Padre Villanueva, que visitó el monasterio de Ripoll antes de la Guerra de la Independencia, que entre las dobles naves laterales había pilares y columnas que recibían las arquerías, circunstancia que no reunía mi citado proyecto, lo he considerado modificable. El nuevo pensamiento procede de las ruinas de Sant Martí de Canigó, de aquella iglesia honda que Mosén Verdaguer, con gráfica frase, llama **soterriana y tosca** y de la superior en la que **graníticos columnes desinvoltés demunt sos fronts sas tres voltes** que evidentemente satisfacen las condiciones del problema bajo el punto de vista de la sustentación. Las bóvedas de las dos crugías mencionadas, una en encuadra y otra en hemicycle, están inspiradas, aparte de los restos poco visibles que hay en la localidad, por las de la nave menor y galería claustrada, adyacente a la misma, en San Llorens del Munt» (22).

Por lo que se trasluce a través de sus notas sobre las obras restauratorias del monasterio, consultadas por mí en el Archivo Rogent de Collbató, los dos problemas que más le atormentaban fueron los relativos al cimborrio y a los campanarios.

Del primero, hundido en el siglo XIV, no quedaba nada, salvo los pilares de apoyo. Para su reconstrucción en el proyecto de 1865, Rogent se inspiró en los ejemplares de planta cuadrada, anteriores al siglo XII, de las zonas de Asturias y de Castilla la Vieja, en los que conocía en el mediodía de Francia y en el de San Martín de Angers. Sin embargo, sus búsquedas y estudios posteriores le permitieron ver que en las iglesias prerrománicas y románicas cruciformes catalanas, como en las iglesias de Tarrasa, San Pablo del Campo de Barcelona, de Gerona, de Besalú, de Sant Llorenç del Munt, Cardona y Sant Jaume de Frontanyà, el tipo de cimborrio era, con ligeras variantes, el octogonal sobre pechinas. De todos ellos mereció su preferencia el de Sant Jaume de Frontanyà, «por su armoniosa disposición», en el que creía encon-

(21) Informe..., págs. 30-31.

(22) Ibid., págs. 31-32.

trar la traza que pudo tener el de Ripoll antes de su ruina (23).

Con respecto a los campanarios, el situado al norte presentaba sólo los dos primeros cuerpos y el de la zona sur, dividido en cinco pisos, tenía pilares sin terminar en los ángulos y centros del remate; ambos tenían cubiertas provisionales. Para su restauración, Rogent tuvo en cuenta la tipología de los todavía existentes en Cataluña, cuadrados y divididos en cuerpos sucesivos y ventanas con agimez, similares, según él, a los de Roma y con marcadas analogía con los del Alto Aragón y del noroeste español. Sin embargo, encontró una variante típica en los catalanes; mientras aquéllas tenían cornisa con cuatro vertientes, éstos estaban rematados por un sistema almenado, de tipo norteafricano, siguiendo el paramento de los muros sin resaltes ni voladizos, y se hallaban dentellados a escuadra en su parte superior. De todos cuantos llegó a conocer Rogent en su forma original, más o menos deteriorados, los de San Miguel de Cuixá y San Martín de Canigó fueron los modelos, sobre todo este último, que recuerda el arquitecto con un fragmento del poema de Jacinto Verdager:

Es ampla y ferm d'alçada gegantina  
les dues valls y l'comellar domina  
y encara puja amunt, pis sobre pis.  
Es un cloquer y un torreó de guerra,  
es un esforç titànich de la terra  
per acostarse un pas al paradís.

En su **Informe**, Rogent demuestra que en el campanario de Ripoll faltaba el último piso ya que «el módulo está en la planta y a medida que ésta aumenta o disminuye, crecen o decrecen los cuerpos, no en altitud sino numeralmente para hacer más sensible la elevación, variando éstos, entre los límites de cuatro y nueve pisos. El más elevado de Ripoll tiene actualmente cinco y se presenta pesado: debemos relacionarlo con los del valle de Comflent, que tienen uno más y terminado, recobrará la hermosa silueta que ofrecía en sus mejores días; siendo hoy indispensable porque las casas de la villa tienen mayor altura» (24).

Esta parte de la memoria acaba haciendo referencia a las fuentes arqueológicas relativas a la escultura, a la policromía de la iglesia, a los altares y al pavimento. De nuevo demuestra Rogent su formación arqueológica, aprendida tanto en los libros como en el estudio directo de los monumentos, y su preocupación por todos los aspectos de la restauración, supervisando cada uno de los detalles, hasta la ultimación de los trabajos.

V. Redactado el Informe, que firmó el 24 de diciembre de 1886, el último día de este año

marchó a Vich para leerlo ante el obispo Morgades. A partir de 1887, su dietario es prolijo en citas de sus idas y venidas de Barcelona a Ripoll, las más de las veces pasando por Vich para *informar y consultar con el prelado sobre la marcha de los trabajos*. Y siguió sus estudios y nuevos replanteos sobre las trazas definitivas. Así hasta pocos días antes de la inauguración del nuevo conjunto arquitectónico, el día 2 de julio de 1893.

Ese día, de cuyos festejos toda la prensa barcelonesa dio noticia, Ripoll vivió la más gozosa jornada en muchos, posiblemente desde que vieron a los franceses volver a su casa. No se trataba sólo de la recuperación de un monumento significativo en la historia política y cultural del país, sino que, en cierto modo, colmaba las ansias de todos aquéllos que soñaban con la *recuperación definitiva de la imagen nacional*, por la que se había luchado durante medio siglo, y que encontraban en la severa estructura de la iglesia de Ripoll el símbolo de la perdida identidad.

Pero el gran ausente de los actos de aquel día fue Elías Rogent, el autor material de la restauración de la basílica. Las causas de esta ausencia se entrelean en esta carta del arquitecto, dirigida a su amigo Mañé i Flaquer, que por su interés transcribo íntegramente:

«Queridísimo amigo: mucho os agradezco vuestra cariñosa epístola que para mí tiene el inestimable mérito de ser la única que he recibido en el día para mí tan señalado. Me decía que quedan pocos de los que fuimos a Ripoll el 2 de febrero de 1863 y a mi vez yo os pregunto ¿los que hemos sobrevivido a los hermanos Milá, Llorens, Reynals, Bofarull y otros muchísimos que nos reuníamos en el café Nuevo de la Rambla en el denario de 1850 a 1860, no es verdad que si Dios obra un milagro y volvieran a la vida, al ver nuestros prodigiosos adelantos desearían volver a la tumba para no presenciarlos?

Para manifestaros que al presente sólo vivo de los recuerdos de nuestros antiguos amigos, os suplico que hagáis memoria del verano de 1856 en que D. Pablo Miká, nuestro común amigo, leyó el discurso inaugural de la Academia de Bellas Artes y toda su peroración fue una catilinaria contra la centralización de Madrid; que después se reunió la Junta de Gobierno para que modificara algún párrafo antes de imprimirlo por temor a lo que pudiera manifestar el ministro de Fomento. El resultado fue que en lugar de ceder, rasgó el manuscrito, dimitió de la cátedra renunciando, además, al honroso título de académico que, con aquélla, y en público concurso había ganado por oposición. ¿Son capaces hoy, nuestros modernos federalistas, catalanistas, regionalistas o como queráis llamarlos, de hacer un acto de virilidad tan expresivo? y no puede decirse, particularmente nosotros, que tan bien lo conocíamos, que di-

(23) Ibid., pág. 33.

(24) Ibid., pág. 34.

cho acto fuera político, pues su trabajo académico era puramente estético y sólo veía la cuestión en las regiones tan serenas como elevadas del verdadero arte.

En aquellos tiempos de oscurantismo, según dicen ellos, sentíamos, pensábamos, obrábamos de una manera muy distinta que ahora; y como siempre he obrado a la antigua he podido suprimir los lauros del triunfo, que no he podido alcanzar personalmente, pero me basta el poder decir: aquellos montones de escombros existentes en Ripoll, desde 1835, han desaparecido, volviendo a ocupar sitio tan distinguido, para los verdaderos catalanes, la basílica oliviana que simboliza nuestra gloriosa reconquista» (25).

Lo que Rogent quiso evitar con su ausencia de los actos de consagración del monasterio, no fue tanto el rehuir de la «vanagloria» de su éxito, como el de evitar su presencia en cualquier acto político de reivindicación catalanista que se pudiera organizar. Como así fue. La puntual crónica del enviado del **Noticiero Universal**, diario independiente, nos da la noticia. Al finalizar los actos que clausuraban la nueva consagración, los miembros de la Unión Catalana aprovecharon para celebrar una reunión de carácter patriótico en el Casino de la villa. En el mitin, presidido por Permanyer, hablaron, entre otros, Alsina, Riera i Bertrán, Serra, diputado por Reus y Angel Guimerá. Todos, con encendidas palabras, hicieron alusión al sentido patriótico del acto que se acababa de celebrar, en el cual no sólo se había restaurado un templo, que presidiría un altar dedicado a Dios, sino que junto a éste habría otro dedicado a la patria. Sin duda, las palabras más aplaudidas fueron las de Riera y Bertrán, Serra y Guimerá. Para Riera, la entonces situación de Cataluña era un paréntesis en su historia, tras el cual vendría, dijo, el claudato y la oración. Tras afirmar que el catalanismo no era exclusivista ni intolerante, aseguró que las asambleas de Manresa y de Reus

tenía su apoteosis en las fiestas celebradas aquel día, y terminó diciendo que si en tal señalada efemérides se habían reunido los obispos para celebrar la restauración del monasterio, al día siguiente se reunirían los pueblos de Cataluña para celebrar la restauración de algo más grande y transcendental. El diputado Serra, tras decir que el pueblo de la comarca que representaba era eminentemente regionalista, sin distinción de partidos, arrancó fuertes aplausos de los allí reunidos al explicar el alcance de las fiestas de antes, cuando la Virgen de Ripoll vestía sus joyas más preciosas y se barría de Cataluña a la gente que estorbaba, y decir que era de esperar que «hoy, al vestir de fiesta la villa, se preparaban iguales acontecimientos». Guimerá, en un discurso cuya lectura fue interrumpida por constantes aplausos, comparó la patria catalana con el monasterio, un tiempo erguido, otro derribado y nuevamente restaurado. Describió la pérdida de la nacionalidad catalana por las malas artes de los que dominaron, quienes al tender las manos de amiga a Cataluña las llenaron de cadenas. Los que dominaban entonces, dijo, habían hecho más daño que los árabes al invadir España, y terminó con estas palabras: «Pero no hay que perder la esperanza, pues la hora de la resurrección ha sonado. Falta mucho, se han puesto las filas, pero el terreno está lleno de abrojos y hay que destruirlos; los materiales están dispersos, pero los recogerán con fe y constancia y edificarán el edificio. No gritaremos que muera nadie, pero sí queremos vivir; no queremos ser más Egipto al pie de Inglaterra; esto se conseguirá. La tierra catalana es la misma, el Ter es el Ter, las montañas son montañas como diez siglos atrás. ¿Habrá cambiado el carácter catalán sin que antes lo haya hecho la tierra, o es que circula sangre castellana en nuestras venas?».

Dice el cronista que el entusiasmo público respondió unánimemente:

**Mai! mai!** (26).

(25) Archivo Rogent, Collbató (Barcelona). Correspondencia de Elías Rogent. Legajo sobre las obras de Ripoll.

(26) **Noticiero Universal**, 3 de julio de 1893.